

# La mujer DE ESPALDAS

LILIA RAMÍREZ

Profesora del Posgrado de la Universidad Paccioli de Córdoba, Veracruz

Té de crisantemo en la barra para disminuir la tensión nerviosa. La gabardina baila sobre la pierna derecha con ese tic de *tap* que lanza al aire tacón y punta sobre el descansapié del banco próximo. La cita es a las 6 de la tarde y dispone de tiempo. La edición vespertina del *New York Times* en la charola del servicio atrae su mirada, estira su brazo y lo toma. Lo ojea. Se entretiene con la sección deportiva que dedica sus páginas a los \$ 125,000 US que los Yankees han pagado por la contratación de “Babe” Ruth, el “Sultán del *home run*”. Suspira desconsolado. Si él dispusiera de esa suma, no estaría esperando, como lo hace ahora, una cita para conseguir un mediocre papel de bailarín.

Sigue pasando su mirada sobre las páginas con la actitud de quien mata el tiempo y se resigna a hacer algo que deberá hacer, tarde o temprano. Ahora sus ojos recorren la sección de cultura, una simple lista de actividades de ocio que llenan los espacios culturales de la Gran Manzana. Mira por encima de las hojas sin ver y, de repente, algo atrapa su atención: el anuncio de que esa tarde será inaugurada una exposición de su pintor favorito Edward Hopper, en el Armory Show. Consulta su pulso, le gustaría asistir, el arte pictórico le atrae sobremanera; de no haber sido bailarín, hubiera sido pintor. Piensa en la cita.

Algo le perturba cuando piensa en las 6:00 p.m. Mira de nuevo por encima del periódico, esta vez presta atención al ambiente del local. Atónito, contempla la perspectiva visual que le ofrece el establecimiento SUEY (mezcla de cafetería europea con sabores orientales) desde el sitio que ocupa en la barra. Detiene bruscamente el movimiento sobre el descansapiés. Lo que sus ojos ven por encima de las hojas del diario es una réplica viva del cuadro que reproduce el vespertino anunciando la exposición de Hopper: la joven triste, la mujer de espaldas, la pareja al fondo, el sol de la tarde llenando el ambiente de luces y sombras. Vuelve a contemplar el cuadro en el impreso, y uno a uno enumera los objetos: las lámparas, la tetera sobre la blancura de las mesas, los tazones chinos, los cuatro personajes, dos de los cuales contagian su tristeza a los demás comensales. La mujer del fondo luce contenta. No puede mirar el rostro de la mujer de espaldas, pero lo imagina. Advierte entonces que hay un elemento que hace la diferencia, y eso le da un respiro momentáneo. En el salón de té real, falta la gabardina, pues él aún la tiene sobre su pierna.

En ese momento, la mujer de espaldas voltea y, tal como él había intuido, una sonrisa ilumina su cara al mismo tiempo que lo invita a colocar el abrigo en el perchero, junto a la ventana por la que entra la luminosidad del cuadro. Le embarga entonces una desazón, mira el reloj y no se explica cómo pueden ser ya las 6 en punto. La mujer triste, entristece más, alcanza a verla de reojo, sin embargo, su atención la atrae el grupo de personas que, como en todas las algarabías de las inauguraciones, alza sus copas y brinda.